

**Historias verdaderas- o no- sobre la experiencia emocional y corporal de la otredad:
los contactos entre indios y españoles,
previos a la gran guerra en México Tenochtitlan**

**Histórias verdadeiras - ou não - sobre a experiência emocional e corporal da
alteridade: contatos entre índios e espanhóis,
antes da grande guerra no México Tenochtitlan**

**True - or not - stories about the emotional and bodily experience of otherness:
contacts between Indians and Spaniards,
pre-war in Mexico Tenochtitlan**

Estela Roselló Soberón*

Resumen: Este artículo tiene el propósito de reflexionar en torno a la historia de las emociones y del cuerpo de los primeros contactos entre indios y españoles antes de la guerra de México Tenochtitlan en 1519. Su objetivo es enfatizar en la importancia que tuvieron los instantes de encuentro con la otredad, entre pueblos cuyos universos emotivos y corporales obedecieron a sistemas culturales distintos.

Palabras clave: otredad; cuerpo; emociones; diálogo cultural

Abstract: This article has the purpose of reflecting on the history of emotions and the body of the first contacts between Indians and Spaniards before the Tenochtitlan war in Mexico in 1519. Its objective is to emphasize the importance of the moments of encounter with Otherness, among peoples whose emotional and bodily universes obeyed different cultural systems.

Keywords: otherness; body; emotions; cultural dialogue

En su obra más reciente, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, Matthew Restall señala que la historia siempre es encuentro (RESTALL, 2019, s.p.). Probablemente, la historia no siempre sea encuentro, pero sí que lo implica, invariablemente. Puede tratarse de encuentros simples o complejos, prácticos o conflictivos, pero al final, de instantes y momentos que ponen y han puesto en contacto a los seres humanos de todo el planeta, en geografías distintas, a lo largo del tiempo. Curiosamente, cuando se habla de la historia de

* Doctora en Historia por El Colegio de México. Es profesora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. E-mail: estela.rosello@gmail.com. Curriculum: www.iih.unam.mx

México del siglo XVI, lo que ha predominado en la memoria colectiva de la mayor parte de los mexicanos, al menos, en la de los mexicanos de los siglos XIX y XX, no ha sido la historia del encuentro, sino la de la conquista.

En efecto, la historia de las confrontaciones entre los españoles de Hernán Cortés y los pueblos indios de México a partir de 1519 fue una historia de derrotas y victorias; una historia en la que hubo muerte, crueldad, destrucción, desolación y dominio. Leer, por ejemplo, la descripción de lo que fueron los días que siguieron al rendimiento de la gran Tenochtitlan es sentir el peso de la ruina, el desamparo y el pesar que reinaron en aquella ciudad para todos. El hedor de los cadáveres y la sangre, las imágenes de los cuerpos destazados y las cabezas apiñadas en las calles, los gritos, el llanto y seguramente también, por momentos, el funesto silencio, debieron generar un ambiente prácticamente imposible de sobrevivir. No en balde apenas se logró el dominio militar de la capital mexicana, Cortés y sus hombres salieron hacia Coyoacán, y muchos hombres y mujeres indígenas también huyeron de la ciudad con sus hijos a cuestas.

En la historia de México, el dolor y la destrucción que vivieron los pueblos indios frente a los españoles en las guerras de sometimiento político del siglo XVI son elementos innegables que no podrían estar ausentes en la memoria histórica colectiva. Sin embargo, parecería que hoy, a quinientos años de aquellos tristes acontecimientos existe la posibilidad de explorar también otras aristas de la historia. Y es que más allá de la masacre y destrucción de las confrontaciones guerreras en las que dos bandos enemigos lucharon entre sí, con todo y sin piedad alguna, existen otras historias que rodearon o precedieron al aniquilamiento mutuo y que hoy pueden arrojar nuevas pistas para explicar mejor el fenómeno del contacto y el encuentro entre dos grupos humanos por demás distintos, pero paradójicamente también similares en muchas cosas¹. Porque los grupos que contendieron en el terrible sitio de la capital mexicana en agosto de 1521 pertenecieron a dos civilizaciones acostumbradas a soportar altos niveles de crueldad y violencia física. Sin embargo, tanto los indios como los españoles de aquella época provenían de dos civilizaciones cuyos mundos emocionales, sensibles y

¹ Hace ya algunos años, Maite Málaga y Ana Pulido insistieron en la importancia de reparar en la gran cantidad de encuentros pacíficos que hubo entre indios y españoles durante el avance de Cortés hacia la gran Tenochtitlan. En su artículo “Días de guerra...”, ambas historiadoras señalan que, no obstante las diferencias que había en los códigos culturales que daban sentido a la vida de ambos bandos, durante los encuentros pacíficos hubo muchas demostraciones de simpatía y entendimiento que facilitaron el diálogo y la comunicación entre ellos. (MÁLAGA & PULIDO, 2005, P. 341)

corporales también contemplaban el gozo de los sentidos, el sentido del humor, la risa y lo más importante para fines de estas páginas, por momentos, muy probablemente también, la capacidad de compararse y reconocerse a uno mismo en el otro. De ese fenómeno de encuentro e identificación emocional y corporal con el que era distinto y de la naturaleza cultural de dicho fenómeno es precisamente de lo que tratan las siguientes reflexiones.

En esta aproximación del estudio de los cuerpos y los universos sensibles que se activaron en el momento de contacto entre indios y españoles vale la pena recordar algunos de los planteamientos teórico metodológicos de Sara Ahmed. De acuerdo con la académica británica, las emociones moldean las superficies de los cuerpos colectivos e individuales. Es decir, son las emociones las que dictan al cuerpo lo que este puede hacer (Ver: AHMED, 2018, p. 24). De allí la importancia de rastrear la manera en que las emociones circulan entre los cuerpos para reconstruir qué efectos tienen estas en los segundos. Poner atención en las relaciones de contacto que se articularon a partir de la circulación de emociones diversas entre cuerpos contruidos desde universos culturales muy distintos arroja pistas interesantes para contar la historia desde dimensiones poco exploradas para la historia de México del siglo XVI.

La historia que se reconstruye a continuación es una historia de las emociones y del cuerpo; una historia del contacto emocional, sensorial y corporal que hubo entre hombres y mujeres que al encontrarse en la otredad, al menos por momentos y, a pesar de poseer lógicas culturales distintas, experimentaron la posibilidad de comunicarse con el diferente.

Ahora bien, la historia de los encuentros emocionales y sensuales o corporales a los que se hará alusión en este artículo ocurrió en los seis meses de contactos previos a la gran confrontación guerrera en la ciudad de México Tenochtitlan². Se trata de una historia llena de tensiones y contradicciones; en ella es fácil percibir el miedo, la angustia y la confusión que existieron tanto entre los indios como entre los españoles en aquellos primeros meses de encuentro, pero también, si uno lee con cuidado, es posible descubrir otro tipo de emociones como eran, por ejemplo, el deseo de vincularse con el otro, la necesidad de entender quién era aquel distinto, así como muchas expectativas, deseos e incluso esperanzas presentes en ambos bandos. Al leer los relatos íntimos y microscópicos del mundo emocional y sensual o

² Una vez más, es Restall quien explica cómo la expedición por tierra previa a la guerra de la conquista duró ese período de tiempo (RESTALL, 2019, s.p).

corporal en el que se dieron aquellos momentos de primer contacto, el historiador podrá toparse con muchas lágrimas indígenas y españolas, pero también con risas, abrazos, caricias, gestos y experiencias corporales ricas y teatrales con las que los indios y españoles que como bien se sabe en su mayoría no conocían la lengua del otro, intentaron comunicar mensajes importantes para establecer vínculos y relaciones, y sobre todo, para colocar al otro y colocarse frente al otro en un nuevo sistema de jerarquías sociales y culturales.

Es decir, en aquellos primeros contactos, cuerpo y emoción se convirtieron en el vehículo de encuentro, conocimiento y aprehensión para sujetos que pertenecían a mundos y realidades hasta entonces completamente desconocidas entre sí. El propósito de las siguientes páginas es ofrecer una primera aproximación a ese universo de encuentros y diálogos emocionales y corporales que dio origen a uno de los episodios más revolucionarios de la historia de la temprana edad moderna³.

Afectos, emociones y cuerpos: un diálogo cultural en contrapunto

De acuerdo con los postulados teóricos de la historia y la antropología de las emociones éstas siempre constituyen un medio de comunicación (CALDERÓN, 2014, p. 13). Por otro lado, las emociones son un medio para percibir y conocer el mundo, es decir, éstas son un vehículo para interpretar y dar significado a la realidad que nos rodea⁴. Las emociones van siempre de la mano de la experiencia humana y por ello no solo obedecen a la experiencia íntima de cada persona, sino también a las construcciones culturales y colectivas que dan orden y sentido a la vida social en cada momento histórico

En el caso de la historia de México del siglo XVI, la historia del encuentro emocional y corporal que se dio en los primeros contactos entre indios y españoles e incluso durante la guerra en la ciudad de Tenochtitlan aún está por escribirse. Existen muchos trabajos de la historiografía clásica y de los especialistas contemporáneos que ofrecen datos, información, hipótesis e hilos conductores importantes que sería indispensable consultar en cualquier

³ Entre muchos otros, Marshall Restall habla del encuentro entre Moctezuma y Cortés como un hito en la historia universal de la temprana edad moderna (RESTALL, 2019, s.p).

⁴ En muchos de sus trabajos, Jo Labanyi ha explicado la manera en que las emociones expresan juicios de valor y formas de percibir e interpretar el mundo. De acuerdo con ella, al fungir como herramientas cognitivas para interpretar la realidad, las emociones constituyen una amalgama entre el pensamiento y las sensaciones (LABANYI, 2010, p. 225).

intento por escribirla. Por otro lado, es importante señalar que las fuentes que tendrían que consultarse para emprender una investigación así son múltiples y que el auxilio teórico de disciplinas como la lingüística y la antropología sería imprescindible. Lo que se presenta a continuación es algo mucho más sencillo y modesto: se trata de un ejercicio de análisis de una sola fuente y de un período histórico muy preciso. La finalidad del mismo es plantear algunas claves de interpretación que pueden ser de utilidad para futuros trabajos de investigación que aborden el fenómeno del encuentro entre indios y españoles en el siglo XVI desde la aproximación de la historia de las emociones y del cuerpo.

Algunas precisiones sobre la fuente a analizar

La obra que se ha elegido para hacer este ejercicio de análisis es la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* escrita por Bernal Díaz del Castillo⁵. Esta elección supone ya de inicio varias condiciones que es necesario considerar para hacer una lectura e interpretación histórica cuidadosa.

Para empezar, la *Historia verdadera* plasma el recuerdo que Bernal reconstruyó cerca de cincuenta años después de que ocurrieran los hechos que narra en su relación⁶. Es decir, el universo emocional que se puede reconstruir en dicha crónica es el que corresponde al recuerdo o a la memoria de un sujeto particular, con intereses muy específicos, mismos que probablemente le habrían hecho recordar, olvidar o incluso inventar algunos de los acontecimientos que relata, así como elegir emociones, sensaciones y gestos corporales particulares, que habría decidido plasmar en su historia en lugar de otros⁷. Por lo demás,

⁵ La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* ha sido la obra más leída y consultada para intentar reconstruir la historia de dicho episodio. A pesar de ello, son muchos los autores que han puesto en tela de juicio la veracidad de los hechos que se narran en esta fuente. Así, por ejemplo, mientras que, en su momento, Hugh Thomas señaló que a Bernal muchas veces la memoria le falló, Christian Duverger advirtió que, en realidad, el ex soldado de Cortés vio muy poco de lo que describe en su obra. Juan Miralles, por su parte, descalifica la fuente de Bernal al decir que aquel autor miente constantemente (RESTALL, 2019, s.p.). Sin embargo, nosotros partimos de la idea de Restall de que el valor de Bernal es que nos permite rastrear los límites de posibles verdades históricas imaginables dentro de un contexto cultural específico.

⁶ Después de haber participado como soldado en la guerra de conquista de México, Bernal Díaz del Castillo se estableció en Guatemala, en donde recibió en encomienda varios pueblos de indios. Entre 1553 y 1557, Bernal comenzó a escribir la relación de guerra que sirvió como base para su *Historia*, misma que se cree terminó de poner en limpio hacia 1567.

⁷ La *Historia* de Bernal es una fuente especialmente rica para reconstruir la dimensión emocional de los encuentros entre indios y españoles antes, durante y después de la guerra de conquista precisamente porque, tal

Bernal Díaz escribió su relación en Guatemala, ya en posición de encomendero, lo cual seguramente también dio un sesgo emocional y sensorial particular a su relato. Finalmente, es necesario señalar que resulta imposible leer la famosa crónica de este personaje si no es dentro de los códigos de la cultura caballeresca en la cual se produjo y que obviamente cifraba al mundo a partir de una sensibilidad y un repertorio de emociones y sensaciones corporales propios de una cultura muy particular⁸.

Ahora bien, más allá de todo lo anterior y no obstante la prudencia con la que debe emprenderse la lectura de una fuente como esta para reconstruir algunos aspectos de la historia emocional y corporal del encuentro entre indios y españoles en el siglo XVI, lo cierto es que la obra de Bernal Díaz del Castillo es una mina de oro para reconstruir el universo sensible que configuró el sentido común del encuentro y que dio significado a la experiencia del contacto entre ambos grupos humanos. El relato de dicho autor nos ofrece un acercamiento al universo emocional y sensual de los españoles que compartieron con él los mismos códigos culturales para interpretar el mundo; mientras que también es una fuente útil para reconstruir la manera en que las poblaciones europeas pudieron interpretar los universos emocionales y corporales de los nativos americanos.

Ahora bien, en sus trabajos más recientes, la historiadora Marialba Pastor ha advertido que las fuentes españolas que se refieren al mundo indígena prehispánico y del primer contacto con Occidente registran “falsedades y mentiras intencionales” que el historiador no puede obviar al leer los documentos. Estas aseveraciones responden los prejuicios, deseos e intereses de los autores de dichos testimonios (PASTOR, 2020, s.p.). Como se verá en muchos momentos de este artículo, la fuente de Bernal está llena de esos presupuestos culturales y existenciales particulares que estructuraron el sentido común con el que el conquistador escribió su relato.

En ese sentido, nuevamente es Sara Ahmed la que da algunas pistas para leer esta fuente como un testimonio útil para reconstruir los significados culturales de las relaciones

como señala Gustavo Martínez Santiago, este autor escribió como un testigo “vivencial” y no solo “presencial” de los acontecimientos que narra (MARTÍNEZ SANTIAGO, 2011, p. 10).

⁸ Más adelante se retomará el análisis de la sensibilidad caballeresca de Bernal; por ahora, basta con recordar algunas de las novelas y relatos literarios que pudieron influir en la relación del cronista. Entre ellas se encuentran *La destrucción de Jerusalén*, *Famosos hechos de ilustres varones antiguos, griegos, romanos y cartagineses*, así como el *Romance del Rey Marcín*, y el *Amadís de Gaula*. Ver MARTÍNEZ SANTIAGO, Gustavo, *La retórica de las emociones...*, p. 87.

emocionales y corporales del encuentro entre indios y españoles en el siglo XVI. Retomando las herramientas metodológicas de Ahmed, el texto de Bernal puede reflejar un universo emocional en movimiento, es decir, puede hacernos pensar en la circulación particular de emociones que generaron efectos particulares en “el otro” (AHMED, 2018, p. 38). De acuerdo con estos presupuestos, al escribir su testimonio, lo que Bernal hizo fue “crear” o dar realidad al universo emocional indígena a partir de las relaciones específicas que se dieron entre dos sujetos colectivos heterogéneos, cada uno con contradicciones y diversidades internas que no deben olvidarse.

Por otro lado, si bien es cierto que, al referirse a las emociones y sensaciones que experimentaron los indios en aquel encuentro, la interpretación de Díaz del Castillo debe leerse con cuidado puesto que corresponde a la visión de un soldado europeo, el cronista sí ofrece pistas e indicios para imaginar el universo emocional y sensorial indígena que dio un significado particular a los momentos de contacto entre ambos bandos. Siguiendo a Ahmed, las emociones de los indios no podrían “estar en” el texto de Bernal, pero estas se pueden reconstruir a partir de los efectos que dichas emociones creaban en el autor⁹.

En todo caso, tal como se ha señalado ya, el límite de este ejercicio de interpretación es precisamente, la posibilidad de descifrar los significados culturales ocultos en el universo emocional y sensual indígena. En ese sentido, lo que aquí interesa solamente es explorar la naturaleza cultural del diálogo corporal y emocional del primer encuentro.

Los sujetos en contacto

Una vez hechas las salvedades anteriores, y retomando el concepto de Barbara Rosenwein de “comunidad emocional”, en el relato de Bernal sobre los seis meses de primeros contactos entre indios y españoles, es posible identificar por lo menos tres comunidades emocionales diferentes: la de los totonacas-tlaxcaltecas, la de los españoles y la de los mexicas¹⁰. De hecho, se podría dividir la comunidad de los españoles entre los

⁹ En este sentido, la fuente de Bernal funciona como “un depósito cultural de sentimientos y emociones” que existían antes del registro de los mismos y que se hacían reales al ser nombrados, “dando forma a distintos tipos de acciones y orientaciones” (AHMED, 2018, p. 40).

¹⁰ El concepto de “comunidad emocional” fue acuñado por Max Weber en 1922, si bien quien más ha trabajado sobre él ha sido Barbara Rosenwein para estudiar la historia medieval. El concepto de comunidad emocional se sostiene en la premisa de que las emociones son performativas y, por lo tanto, generan deseos y valores comunes

convencidos de seguir a Hernán Cortés, y aquellos que, procedentes de Cuba, en varios momentos manifestaron muchas dudas de continuar con la empresa del capitán. También podría diferenciarse entre la comunidad emocional de los totonacas y la de los tlaxcaltecas, incluso, entre los mexicas que se confrontaron con Moctezuma y aquellos que siguieron reconociendo la autoridad del emperador hasta antes de su muerte. Pero, como se ha mencionado ya, para encontrar los significados culturales de las emociones y sensaciones o usos del cuerpo indígenas y los matices de las diferencias emocionales y corporales entre ellos y los españoles, haría falta leer cuidadosamente fuentes, precisamente, indígenas. Por ello, para fines de este artículo basta con afirmar que, en la obra de Bernal Díaz del Castillo se puede identificar a las tres comunidades emocionales antes mencionadas y que, de acuerdo con lo que dicho autor registró en su memoria, éstas sí eran claramente distintas. Para cada una de ellas, la experiencia de encontrarse con el otro se habría vivido desde un sistema emocional y sensorial particular y, por lo tanto, habría significado cosas diferentes.

Como es fácil suponer, en realidad dicho encuentro emocional se dio a partir de la existencia de diferentes códigos culturales, y así, lo que un gesto emocional y un uso del cuerpo pudo ser leído por unos de una manera, en realidad, para los otros habría surgido como expresión de otra cosa, puesto que obedecía a una sensibilidad o a un código gestual con significados muy distintos. Sin embargo, lo interesante es pensar que a pesar de ello, al final, este diálogo en contrapunto hizo posible el encuentro¹¹.

Emociones en contacto

En una lectura rápida del recuerdo de Bernal sobre los seis primeros meses de contacto entre los indios mesoamericanos y los españoles de Hernán Cortés, no es difícil identificar, o incluso imaginar, la existencia de un repertorio de emociones comunes en ambos bandos: el miedo, la sorpresa, el estrés, la admiración y la curiosidad, la confianza y la desconfianza, lo mismo que la confusión, la certeza o la incertidumbre. Llama la atención,

que dan identidad emocional a ciertos grupos específicos (DELGADO; FERNÁNDEZ; LABANYI, 2018, p. 13).

¹¹ Esta hipótesis de trabajo sigue las ideas de Marshall Sahlins. De acuerdo con el antropólogo norteamericano, cuando se actúa desde diferentes perspectivas y desde diferentes poderes de objetivar sus respectivas interpretaciones, la gente llega a distintas conclusiones y las sociedades logran llegar a diferentes consensos (SAHLINS, 2013. p. 14).

por cierto, que en el relato del cronista son poquísimos los momentos en que se puede leer alguna emoción parecida al odio o al desprecio hacia el otro.

Es mucho lo que podría decirse sobre el significado cultural y el peso que tuvieron las emociones antes mencionadas en la historia del encuentro entre indios y españoles. Sin embargo, más allá del miedo, hay algunas emociones que llaman más la atención porque Bernal habla de ellas de manera reiterada, pero además, porque estas dan oportunidad de explorar con mayor detenimiento el proceso de encuentro emocional entre dichas comunidades. Algunas de estas emociones son el amor, la culpa, el enojo, la alegría y la tristeza.

El uso y la presencia del amor y la amistad en los primeros encuentros

A lo largo de su relato, son muchos los momentos en que Bernal expresa que Hernán Cortés hablaba a los indios con “amorosas palabras”. También muchos los pasajes en los que el autor se refiere a los indios aliados de los españoles como “amigos”. Así, por ejemplo, en prácticamente todas las escenas de su *Historia* en las que los indios ofrecen alimento, regalos o mujeres a los españoles, Bernal menciona la forma “amorosa y agradecida” en que Cortés recibía todo aquello (MÁLAGA & PULIDO, 2005, p. 341). Evidentemente, el amor, la amistad y el agradecimiento a los que se refiere el autor en su relato formaban parte de la emocionalidad caballeresca presente en toda relación de vasallaje y señorío¹². La sensibilidad con la que Bernal caracterizaba a Cortés era la de un caballero benévolo, amoroso, agradecido y misericordioso que sellaba pactos y alianzas con los indios a quienes se acercaba mediante emociones dignas de un señor que hablaba con sus vasallos.

Pero en el recuerdo del soldado español, también los indios hablaban en términos de amistad, amor y obediencia, en las imágenes en que éstos se acercaban a los españoles. Así, por ejemplo, de acuerdo con Bernal, la expresión amorosa de los indios hacia los españoles se habría manifestado en momentos como éste: “Y dijo el Xicontenga que él venía... a rogarle que le admitiese a nuestra amistad y que venía a dar la obediencia a nuestro rey y señor y a demandar perdón por haber tomado armas y habernos dado guerra... y Cortés les

¹² Tal como lo explica Juan Manuel Cacho Blecua, “el leal amor” fue un valor fundamental en la retórica de la cultura caballeresca. Para los caballeros medievales y renacentistas, tanto el amor como el agradecimiento eran emociones fundamentales en el repertorio de la sensibilidad virtuosa (CACHO BLECUA, 2009, p. 60).

dio las gracias muy cumplidas, con halagos que le mostró y dijo que les recibía por vasallos de nuestro rey y señor y amigos” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 126).

Son muchas las cosas obvias que pueden leerse en los recuerdos del autor de la *Historia verdadera*. En primer lugar, que tal como se ha señalado, las emociones con las que Bernal interpretó el encuentro entre indios y españoles obedecen a estructuras emocionales propias de un vasallo español. Sin embargo, más allá de esto, es interesante observar que tanto indios como españoles tuvieron que “mostrar” sus emociones para expresar mensajes y darse a comunicar con hombres y mujeres que pertenecían a otro universo cultural¹³. Es decir, el encuentro y el diálogo entre ambos pueblos no sólo se dio gracias a los intérpretes o mediadores; mucho menos mediante las palabras habladas. Más bien, lo que se desprende del relato de Bernal es que en varios momentos de los primeros encuentros fue indispensable el lenguaje del cuerpo que en muchos casos se tradujo en sonrisas, en “alegres semblantes”, reverencias, abrazos y caricias que buscaron expresar la voluntad de vincularse pacíficamente o amistosamente con el otro.

Evidentemente, es muy improbable que los indios dijeran todo lo que Bernal dice que dijeron; mucho más dudoso aún, que éstos se hubieran comportado como caballeros de la mesa redonda del rey Arturo o como compañeros del Amadís de Gaula¹⁴. Sin embargo, lo que sí podemos imaginar, es que éstos se hayan presentado frente a sus otros mediante gestos ceremoniales propios de la cortesía indígena que conectó muy bien con la teatralidad y la ritualidad corporal medieval¹⁵. Esta coincidencia cultural en la gestualidad corporal de ambos pueblos permitió que los españoles leyeran en los indios ciertas emociones que les permitieron colocar a los otros y colocarse a ellos mismos de cierta manera en las nuevas relaciones jerárquicas que iban surgiendo a cada momento. Así, por ejemplo, en el diálogo emocional entre totonacas-tlaxcaltecas y españoles, los segundos se colocaron en el lugar de lo que ellos concebían como “amorosos” y “misericordiosos” señores mientras que colocaron

¹³ En la Edad Media y el Renacimiento, los caballeros, vasallos y reyes mostraban el universo afectivo que daba sentido a su experiencia mediante una estudiada retórica que se traducía en expresiones gestuales bien codificadas (CACHO BLECUA, 2009, p. 75-76).

¹⁴ Menciono al Amadís puesto que Bernal se refiere a él en varias ocasiones, de manera textual. El Amadís de Gaula sintetizó la tradición artúrica española que inspiraría a los futuros relatos de caballería españoles que se escribieron durante todo el siglo XVI (CACHO BLECUA, 2009, p. 55).

¹⁵ Málaga y Pulido también señalaron ya la existencia de esas coincidencias culturales entre dos civilizaciones profundamente ceremoniales como fueron la mesoamericana y la española del siglo XVI.

a los indios en el lugar de “obedientes vasallos” a quienes “graciosamente” ofrecieron protección desde un principio.

Otro ejemplo más de la naturaleza de este diálogo en contrapunto. Como bien se sabe, el intercambio de regalos, alimentos y mujeres fue una constante en el escenario de estos primeros contactos con el otro, entre indios y españoles. No es una novedad afirmar que todo intercambio material implica, necesariamente, un intercambio emocional. Tampoco hace falta citar a Marcel Mauss para recordar cómo la entrega de regalos a otro siempre genera vínculos de obligatoriedad y produce expectativas de reciprocidad. En el caso de los primeros contactos que se dieron entre los indios y los españoles en 1519, es muy sorprendente la abundancia de regalos con que los primeros se acercaron a los segundos¹⁶. En principio, los españoles no pedían nada a los indios, pero estos se presentaban con ellos llevándoles comida, mantas y mujeres. En el relato que Bernal Díaz del Castillo hace de los momentos en que los indios ofrecían a los españoles todos aquellos bastimentos, hay algo que llama la atención. Dice el cronista que los indios llegaban con mucha comida y que siempre pedían disculpas por lo poco que traían o por no haber llevado el alimento antes. Es interesante pensar que la práctica de ofrecer disculpas a un señor misericordioso era parte del universo emocional medieval, en donde la concepción de la justicia incluía que el poderoso otorgara el perdón al débil (CACHO BLECUA, 2009, p. 60). Sin embargo, en el caso de aquellos primeros encuentros entre los indios y los españoles, es muy probable que los primeros no estuvieran pidiendo el perdón caballeresco que Bernal, Cortés y sus hombres leían en sus regalos y sus gestos, sino más bien, que estuvieran expresando otro tipo de emociones propias de una sensibilidad distinta. Se sabe, por ejemplo, que la devaluación de lo que se daba al otro parece haber sido parte de la cortesía prehispánica¹⁷. Es posible pensar que aquellos regalos y los gestos corporales con que los indios se presentaban frente a los españoles en realidad intentaban expresar sentimientos de humildad, no extraños en una comunidad acostumbrada a vivir en un mundo profundamente jerárquico, en donde dioses y señores exigían fuertes tributos y dolorosas ofrendas a cambio de protección eficaz e inmediata. Pero

¹⁶ De acuerdo con Maite Málaga y Ana Pulido, la práctica de regalar fue común tanto en indios como en españoles. En ambos casos, ofrecer regalos al otro se utilizó “como una táctica para evitar la confrontación bélica” (MÁLAGA, 2005, p. 344).

¹⁷ Agradezco a Pablo Escalante esta explicación que parte de su conocimiento como especialista en el mundo prehispánico.

además de estas prácticas que habrían podido influir en la configuración de una emocionalidad humilde y dócil, es probable que en la sensibilidad del mundo indígena, la generosidad o el acto de dar mucho también hayan tenido otros significados culturales imposibles de descifrar desde los códigos occidentales¹⁸. Aun así, lo interesante es que al final, el intercambio de regalos y alimentos entre indios y españoles sí produjo nuevos vínculos emocionales entre ellos y generó además, un nuevo sistema de jerarquías políticas y sociales. Aquí vale la pena hacer una pausa.

En su obra dedicada al estudio de la otredad en América, Tzvetan Todorov lanza una hipótesis sobre las diferencias que existieron entre el sistema de comunicación de los indios y el de los españoles. De acuerdo con el lingüista y filósofo ruso, mientras que los indios se comunicaban con el universo, los españoles se comunicaban de prójimo a prójimo (TODOROV, 1982, p. 75). La diferencia, dice este autor, habría explicado por qué los indios habrían preferido descifrar los mensajes del mundo y del universo, que comunicarse con los sujetos que los rodeaban como seres humanos y así, habrían interpretado la llegada de los españoles no como la llegada de otros seres humanos iguales a ellos, sino como el regreso de los dioses que durante mucho tiempo los antiguos presagios habían anunciado.

Es muy probable, como se ha señalado en innumerables ocasiones que en un principio, la presencia de hombres blancos y barbados en tierras mesoamericanas hubiera generado confusión e incertidumbre entre los pueblos originarios. Así, cabe suponer que en los primeros meses del contacto, la duda sobre su naturaleza divina haya formado parte del universo emocional con el que se interpretó la llegada de los pobladores europeos. Sin embargo, hoy se sabe muy de cierto que muy pronto, los indios comprendieron que los españoles no eran ni dioses ni *teules*. En este sentido, es interesante el pasaje en que Bernal narra el momento en que los sacerdotes del templo advirtieron a Moctezuma que aquellos seres extraños no eran deidades. Para sustentar aquella opinión, los sacerdotes ofrecieron como una de las evidencias más contundentes el hecho de que estos comían gallinas y tortillas, y no corazones ni carne humana.

Poco a poco, el contacto con el cuerpo y las emociones del otro hizo posible entablar comunicación y relacionarse con él desde lugares particulares y específicos que generaron

¹⁸ Maite Málaga y Ana Pulido señalan, por ejemplo, que, entre los antiguos mexicanos, el ofrecimiento de regalos fue una práctica común que se utilizó como declaración de prestigio y de autoridad (MÁLAGA, 2005, p. 344).

jerarquías y formas de negociación dinámicas y cambiantes. Otro de los pasajes más curiosos de las relaciones emocionales que se establecieron entre ambos grupos es aquel que registra Bernal en su crónica para describir un instante de gran intimidad entre los dos protagonistas del primer encuentro. Se trata de aquella escena durante los días de prisión de Moctezuma, en que el capitán español y el emperador mexica jugaban al totoloque, un juego que se jugaba, dice el soldado, “con bodoquillos y unos tejuelos”. Cuenta Bernal que mientras Cortés y Moctezuma se debatían en el juego, varios soldados españoles los observaban, y así, el cronista refiere lo siguiente: “Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más a la que había Cortés, y Montezuma, como lo vio, decía, con gracia y risa que no quería que le tantease a Cortés el Tonatio, porque hacía mucho *ixoxol* en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua que mentía, que echaba siempre una raya de más. Y Cortés y todos nosotros, los soldados no podíamos estar de risa, por lo que dijo el gran Moctezuma” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p.188).

El pasaje es revelador por muchas cosas. En primer lugar, llama la atención la gran cantidad de matices que ofrece a quienes desean mirar la dimensión histórica más microscópica de las relaciones humanas. Acostumbrados a pensar la historia de Cortés y Moctezuma sobre todo en términos de conquistados y conquistadores, la escena resulta, cuando menos peculiar. A partir de lo que se lee en ella, parecería que hacía mucho tiempo que Moctezuma no veía ni a Cortés ni a sus hombres como dioses sino más bien, como seres humanos con cualidades y defectos parecidos a los que podían existir en él y entre los propios indios. Más aún, en la escena del juego, la burla del emperador prisionero hacia su mentiroso y tramposo captor coloca al primero en un lugar de mucha mayor nobleza y dignidad que el segundo. Es interesante también que los compañeros de Alvarado, lejos de molestarse ante las palabras de su cautivo, las celebran y se ríen gustosamente con él. Esto podría hacer pensar en que por momentos, los españoles pudieron reconocerse como iguales a los indios, ya que parecería que los primeros entendieron bien la denuncia velada que el emperador mexica hacía de la personalidad tramposa de Alvarado en su broma.

Pero si las emociones y las experiencias afectivas que surgieron como resultado de aquellos primeros encuentros permitieron acomodar, definir y conocer al otro, tal como se verá a continuación, el contacto con los cuerpos de la otredad también tuvo un lugar muy importante en dicho proceso de construcción cultural. En realidad, cuando se trata de

fenómenos como el que se analiza en estas páginas, cuerpo y emoción rara vez pueden separarse.

Cuerpos, contactos y encuentros

Cuando Hernán Cortés y sus hombres zarparon de Cuba en 1519 para internarse tierra adentro del continente mesoamericano, ninguno de ellos tenía idea cierta de lo que encontraría a su paso. En el recorrido de seis meses antes de que iniciara la gran guerra en la capital mexicana, los pueblos totonacas y tlaxcaltecas y los aventureros españoles se encontraron por primera vez en la historia, generando con ello fuertes impresiones, emociones y sensaciones que modificaron para siempre el universo simbólico corporal con el que habían dado sentido a su vida durante siglos.

El calor de la tierra y la humedad de la temperatura los recibieron para anunciarles que el viaje no sería sencillo. Caminar y cabalgar de Tabasco al centro del imperio azteca implicó someter al cuerpo a estados físicos extremos: cansancio, sed, calor, frío, hambre, dolores musculares e incomodidad constante fueron experiencias diarias que acompañaron a los españoles durante su recorrido hacia la capital del imperio mexicana a partir de aquel momento.

Como bien se sabe, durante su larga travesía, los europeos vistieron pesadas armaduras y venían cargados con ballestas y arcabuces que los acompañaron durante su incómodo trayecto. Cuenta Bernal que transportar todo aquello habría sido imposible, a no ser por los muchos indios que los caciques locales les proporcionaron como cargadores para transportar todas sus armas. De esta manera, muy pronto, los españoles reconocieron y admiraron la fuerza corporal de los nativos, misma que con el tiempo, habría de aprovecharse como mano de obra en las encomiendas y repartimientos del orden colonial. En efecto, los indios que acompañaron a Cortés y a sus hombres estaban acostumbrados a llevar grandes pesos sobre sus espaldas; los españoles se aprovecharon de ello y consiguieron así moverse mucho más fácilmente.

Ahora bien, la movilidad del capitán y sus soldados también dependió de los caballos que traían con ellos. Si la fortaleza física de los cargadores indios llamó la atención de los españoles, por su parte, la presencia de los caballos influyó de manera importante en la

mirada con que los indios intentaron interpretar la naturaleza corporal y física de los españoles.

Efectivamente, cuando los indios vieron por primera vez la imagen de seres humanos montados sobre aquellas criaturas fuertes y veloces, éstos quedaron francamente impresionados. No es difícil conjeturar los efectos que aquella imagen provocaría entre la población indígena y las reacciones que ésta tuvo sobre la percepción emocional y corporal de sus otros. En primer lugar, al venir montados sobre sus caballos, los españoles aparecían como seres de altura muy superior a la de los indios de a pie. Esta situación habría obligado a los indios a mirar hacia arriba para poder ver a los recién llegados. Por otro lado, no es novedad afirmar que, en un principio, los indios sintieron temor de los caballos e incluso, que hubo algunos que llegaron a creer que los españoles tenían un cuerpo mitad caballo y mitad ser humano.

Al respecto, Bernal recordaba cómo el capitán y sus compañeros se dieron cuenta de la admiración y el miedo que generaban los caballos entre los indios. En su crónica, el soldado español narraba lo siguiente: "...como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo a los soldados que allí nos hallamos teniéndole en compañía: Sabéis señores que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos". Acto seguido, dice Bernal, el capitán mandó traer una yegua que acababa de parir y un caballo para que la oliera y se pusiera a relinchar. Después, Cortés ordenó que sus hombres cargaran las armas de fuego e invitó a cuarenta caciques. Una vez que estos llegaron, el capitán los llevó donde el caballo que, sin parar de relinchar, daba patadas y hacía bramuras "y siempre mirando a los indios, éstos creyeron que por ellos hacía aquellos sonidos y quedaron muy espantados". Entonces, Cortés hizo disparar el arcabuz y con ello logró incrementar la reacción terrorífica entre sus otros.

El ruido de los disparos y el bramido de los caballos pronto se convirtieron en percepciones sensoriales que los indígenas aprendieron a traducir como señales de amenaza y peligro. Ni qué decir de los gruñidos y ladridos de los lebreles gigantes que, también desconocidos por los indios hasta aquel momento, significaron advertencia de muerte para cuerpos que muchas veces fueron devorados por los perros de muchos españoles crueles. Cuenta Bernal al respecto: "y como llevábamos un lebel de gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser que preguntaban los caciques del pueblo a los amigos que traíamos de Cempoala que si era tigre o león o cosa con que

matábamos los indios. Y respondieron: y tráenlo para cuando alguno los enoja, los mate” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 104).

De manera que poco a poco, conforme el tiempo avanzó, los indios y los españoles comenzaron a sentir nuevos peligros corporales y nuevas amenazas sensoriales desconocidas e inexistentes en sus respectivos mundos hasta entonces. Si para los indios los sonidos de los animales y las armas de fuego se convirtieron en sinónimo de terror, para los españoles, muchos sonidos indígenas inexistentes en el Viejo Mundo también los hicieron temblar. Entre ellos, Bernal recordaba con sumo horror el sonido de “los malditos atambores y cornetas y los atabales” que nunca paraban de sonar. “Y de noche y de día teníamos el mayor ruido que no nos oíamos los unos a los otros” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 357).

Ahora bien, el sentido del oído no fue el único que recibió nuevos estímulos frente a la experiencia de la otredad histórica. También lo fueron la vista, el olfato, el gusto y el tacto. Se sabe, por ejemplo que, tanto para los indios como para Moctezuma, fue muy molesto soportar el olor del sudor de Cortés y de sus hombres cada vez que se aproximaban a ellos. Se dice incluso, que cuando el emperador azteca tenía que entrevistarse con el capitán español, el indio llevaba consigo un manojito de flores perfumadas para evitar el disgusto olfativo¹⁹.

Como se ha mencionado ya, entre los lugares más comunes de la historia de la conquista está la idea de que los indios pensaban que los españoles eran dioses. Ciertamente, durante mucho tiempo, los mexicas y sus pueblos sometidos habían escuchado presagios y augurios religiosos que hablaban del regreso del dios Quetzalcóatl quien de acuerdo con la tradición oral, se suponía regresaría para recuperar aquello que había perdido ante la imposición del culto mexica al dios Huitzilopochtli. En efecto, cuando se lee la crónica de Bernal, es fácil percibir, sobre todo en los primeros contactos entre indios y españoles, la duda y la confusión que generó en el imaginario de los primeros la presencia de seres con cuerpos cuyos gestos, hábitos, costumbres y formas de comportarse parecían tan distintos a los propios. Tal como se ha señalado ya, es posible pensar que en un primer momento de

¹⁹ Cuando uno recuerda que aquellos españoles se bañaron realmente muy poco y que cuando lo hicieron no fue ni con el uso de jabones o de cualquier otro producto anti odorífico que hubiera podido evitar las emanaciones del cuerpo, no es difícil comprender a Moctezuma o a los indios que se quejaban de esta situación. Sobretodo, cuando se piensa que, en el mundo indígena, la limpieza y la higiene corporal sí tenían un lugar muy importante en la vida cotidiana de hombres y de mujeres.

confusión, algunos indios hubieran podido ver a los españoles como los dioses que habían regresado para recuperar lo que los mexicas les habían quitado. Sin embargo, cuando se lee el relato de Bernal, también es evidente que esta idea no permaneció mucho tiempo en la mente de los indios quienes al observar los hábitos corporales de aquellos otros tan diferentes a ellos, pronto comprendieron que éstos podían ser más poderosos en muchos aspectos, pero también, que éstos no poseían una naturaleza divina.

Es interesante el pasaje en que Bernal Díaz del Castillo narra la manera en que los sacerdotes indígenas llegaron a dicha conclusión. Escuchemos al cronista en su relación: [llamaron entonces a todos sus adivinos y papas para que echaran sus adivinanzas y hechizos y suertes para saber qué gente éramos y si podríamos ser vencidos]. Y “parece ser que dijeron que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y carne, y que comíamos gallinas y perros y pan y fruta cuando lo teníamos; y que no comíamos carnes de indios, ni corazones que matábamos... y desde que aquello entendieron los caciques y lo tuvieron por muy cierto, se lo enviaron a decir a su capitán Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes a darnos guerra” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 114).

Sin duda, el pasaje es revelador y habla de una de las circunstancias más importantes del choque corporal que se dio entre indios y españoles en su primer encuentro: la práctica del canibalismo ritual entre los primeros y el tabú que suponía aquella práctica entre los segundos. Son innumerables los pasajes en los que Bernal muestra a Cortés reprimiendo a los indios por su persistencia e interés en conservar aquella costumbre que, desde su mirada occidental y cristiana, no era sino una clara manifestación demoniaca. En muchos momentos de la crónica de Bernal, el capitán español aparece realmente enfadado al advertir a los indios que ya es tiempo de que abandonen aquella antigua y atroz costumbre.

Durante siglos, los indios mesoamericanos habían practicado el canibalismo más bien como un acto ritual y no como una costumbre cotidiana. Son muchos los estudiosos del México prehispánico que han explicado que el consumo de carne humana entre los pueblos mesoamericanos se daba sobre todo después de llevar a cabo un sacrificio religioso. A decir de dichos especialistas, una vez que los sacerdotes abrían el pecho del sacrificado con el pedernal y sacaban el corazón aún palpitante de la víctima, entonces hacían rodar el resto de su cuerpo por las escalinatas del templo. Ya a los pies de las escaleras, se usaba cortar la pierna del inmolado y así ese día, en palacio, los nobles comían carne del mismo, mientras

que en todos los barrios de la ciudad, se preparaba pozole con el resto del cuerpo de la víctima (ESCALANTE, 2010). Como es fácil advertir, el que todos los indios comieran del mismo cuerpo sacrificado generaba sentimientos de comunión entre el pueblo y los gobernantes.

En muchos pasajes, Bernal narra las emociones de miedo y horror que los españoles sintieron ante la práctica ritual del sacrificio indígena. Sin embargo, es interesante recordar que tal como lo han señalado muchos historiadores, en realidad, el tema del sacrificio habría de tener un lugar central en la posibilidad de articular un diálogo cultural entre ambas civilizaciones. Si bien los españoles vieron con horror la persistencia del sacrificio humano real entre los indios, los católicos practicaban de manera cotidiana el sacrificio simbólico del cuerpo de Cristo. Esta feliz coincidencia fue una de las muchas que permitió abrir fecundos espacios para la negociación y el diálogo entre ambas civilizaciones.

Ahora bien, más allá de todo lo anterior, lo cierto es que, al mismo tiempo, la práctica del sacrificio ritual humano frente a la práctica del sacrificio simbólico de Cristo si generó reacciones de choque cultural profundo. Sobre todo, generó historias de choque corporal que habrían formado parte importante en el proceso de definición y comprensión del otro. El siguiente pasaje de la crónica de Bernal Díaz del Castillo habla por sí mismo.

Cuenta el cronista cómo durante los primeros días del sitio de la gran ciudad de Tenochtitlan, hubo un momento en que los indios increparon a los españoles con gran odio. Frente a la muerte, la violencia y la desesperación generada por los dolores de la guerra, los indios amenazaban a los españoles y les decían, furiosos, que sus dioses les habían prometido que muy pronto saldrían victoriosos. Llenos de odio, los indígenas llamaron a los españoles “apocados” y les dijeron “que no [eran] buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas ni maizales...”. Y entonces, ya en el colmo de su desprecio, los naturales les dijeron: “Mirad cuán malos y bellacos sois que aun vuestras carnes son tan malas para comer que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 355).

Y es que en varios momentos, Bernal refiere con gran dolor y, sobre todo, con gran terror, cómo muchos de sus amigos y compañeros habían terminado en la piedra del sacrificio del gran templo, y cómo sus carnes habían acabado en una olla guisadas con ají. A decir del recuerdo de Bernal, después de habérselos comido, los indios no habían quedado realmente contentos ni satisfechos con el sabor de la carne de español.

De manera que el contacto con la otredad supuso escuchar, tocar, ver y oler estímulos sensoriales desconocidos; pero además, probar el sabor de la carne del otro no estuvo excluido de este proceso de conocimiento y reconocimiento histórico de aquel que se buscaba comprender y definir en su diferencia.

Ahora bien, otro de los elementos que también resulta importante observar y analizar para comprender mejor la naturaleza de los primeros contactos corporales entre indios y españoles fue el ofrecimiento de cuerpos femeninos por parte de los primeros a los segundos. Se sabe que ese fue el origen, por ejemplo, de la famosa relación entre Hernán Cortés y la india Malinche; se sabe, también, que la relación de estos dos personajes protagonistas de la historia del encuentro no fue la excepción.

Cuenta Bernal cómo en alguna ocasión, el cacique de Quiahuiztlan, ya aliado de Cortés, pidió al capitán español que como querían tenerlo a él y a sus hombres por hermanos, “que tomásemos sus hijas y parientes para hacer generación; y trajeron ocho indias todas hijas de caciques y dieron a Cortés una que era sobrina del cacique gordo; y otra dieron a Alonso Hernández Puerto Carrero, y traíanlas todas vestidas con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas a su usanza, y cada una de ellas con un collar de oro al cuello, y en las orejas zarcillos de oro” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 78).

Regalar cuerpos femeninos al aliado fue una importante estrategia para estrechar las relaciones políticas y biológicas entre los dos grupos. Muy pronto, los españoles se dieron a la tarea de reproducirse con las mujeres de esta tierra, y prácticamente todos los hombres de Cortés, incluido Bernal, y él mismo, tuvieron hijos e hijas con las indias nativas. Al parecer, a diferencia de otros colonos europeos en América, los españoles tuvieron menos prejuicios ante las diferencias físicas entre ellos mismos y las indias. A pesar de ello, en varios momentos de la crónica de Bernal se pueden percibir algunos juicios de valor estético que él y sus compañeros hicieron sobre las mujeres indígenas. Algunos ejemplos de lo anterior son los siguientes: “... y se bautizaron y se llamó a la sobrina del cacique gordo doña Catalina y era muy fea; aquella dieron a Cortés por la mano, y él la recibió con buen semblante. A la hija de Cuesco, que era gran cacique, se puso de nombre doña Francisca; ésta era muy hermosa para ser india...” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 89).

Como puede observarse, los estereotipos occidentales de belleza femenina condicionaron la mirada con que Bernal describió a las indias que los españoles recibieron

por concubinas o esposas. Algunas le parecieron francamente feas, mientras que de otras comentó que no estaban mal, “si se tomaba en cuenta que eran indias”.

En realidad, el interés en la complexión, el color y las características físicas del otro fueron comunes en ambos bandos. Tanto indios como españoles intentaron descifrarse a partir de la observación de rostros y cuerpos distintos, que parecían exóticos desde su propia mirada. En este sentido, y de acuerdo con Bernal, esto es lo que los embajadores de Moctezuma refirieron al emperador cuando éste les pidió que le contaran cómo eran los españoles. Habla nuevamente el cronista: “y Montezuma les preguntó que qué manera de rostros y proporciones de cuerpos llevaban los *teules* que iban a México, y si eran capitanes. Y parece ser que le dijeron que Pedro de Alvarado era de muy linda gracia, así en el rostro como en su persona y que se parecía como al Sol y que era capitán y demás de esto le llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara y desde entonces le pusieron nombre de Tonatio, que quiere decir el Sol o el hijo del Sol y así le llamaron de allí adelante y Bernardino Vázquez de Tapia dijeron que era hombre robusto y de muy buena disposición que también era capitán. Y a Montezuma le pesó porque se habían vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razón de compararlos, así en los rostros como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron a su señor Montezuma, porque Pedro de Alvarado era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, así en el rostro como en el hablar, en todo era agraciado, que parecía que se estaba riendo; y Bernardino Vázquez de Tapia era algo robusto puesto que tenía buena presencia”.

Así pues, al parecer, la presencia corporal de los españoles habría impactado a los indios fundamentalmente en dos aspectos: su color y su complexión. Se sabe que efectivamente, a los indios les pareció curioso y agradable el color de Pedro de Alvarado, quien era rubio, un color que los indios del continente americano no habrían visto en ningún otro ser humano hasta ese momento. Por otro lado, parecería que a los indios también les llamó la atención la fortaleza de los españoles, o eso que Bernal llamó “robustez” de los mismos. En este sentido, es interesante pensar que el propio Bernal juzgaba como una cualidad física positiva el cuerpo grande y fuerte de algunos de sus compañeros. Para el soldado, ambas características hacían de sus cuerpos “cuerpos buenos y de mucha presencia”.

Otro momento también revelador de la importancia que tuvo el encuentro corporal entre indios y españoles es aquel en que Bernal refiere cómo Cortés preguntó a los totonacas

cómo era posible que odiaran tanto a los mexicas y por qué eran tan diferentes a ellos, si vivían en territorios tan cercanos. Ante estas preguntas, los caciques contestaron que sus ancestros les habían contado que en tiempos remotos, los hombres y las mujeres de su pueblo habían sido muy grandes y muy altos, y que los mexicas los habían matado a todos. “Y para que viésemos qué tamaños y altos cuerpos tenían trajeron un hueso o zancarrón de uno de ellos, y era muy grueso, de altor tamaño como un hombre de razonable estatura... yo me medí con él y tenía tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo. Y trajeron otros pedazos de huesos como el primero mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 135).

La escena que narra Bernal vuelve a ser francamente fascinante; tal como puede inferirse, tanto españoles como indios intentaron descubrir o descifrar quién era el otro a partir de la observación y el análisis de su cuerpo. En principio, ni unos ni otros sabían nada sobre la naturaleza del grupo con el que se encontraban por primera vez. De esta manera, el otro podía ser lo mismo un descendiente de la tribu perdida Israel, que el descendiente de algún gigante o un dios que había regresado al mundo de los hombres para exigir lo que le habían quitado anteriormente. Todo era confuso, todo era incierto. Y en medio de aquella confusión, ambos bandos miraron los cuerpos de los diferentes para intentar comprender quiénes y cómo eran.

Así, también son de gran interés las detalladas descripciones que hizo Bernal para describir los cuerpos de los emperadores mexicas con los que se encontró personalmente. Por un lado, el soldado recordó en su crónica las características del cuerpo y la complejión de Moctezuma; por otro, la naturaleza de los de Cuauhtémoc. Veamos qué es lo que decía el hombre de Cortés sobre estos grandes mandatarios indígenas, cuyos cuerpos, sin duda, llamaron la atención de los españoles. “Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño y pocas carnes, y el color ni muy moreno sino propio color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas prietas, bien puestas y ralas, y el rostro algo alegre y los ojos de buena manera y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor, y cuando era menester, gravedad” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 166). En cuanto a Cuauhtémoc, la opinión de Bernal era la siguiente: “Guatemuz era mancebo y muy gentil hombre para ser

indio, y de buena disposición y rostro alegre, y aun la color tenía algo más que tiraba a blanco que a matiz de indios que era obra de veinticinco o veintiséis años... era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones y la cara algo larga y alegre y los ojos más parecían que cuando miraban que era con gravedad que halagüeños, y no había falta en ellos, y era casado con una hija de Montezuma, su tío, muy hermosa mujer y moza” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 361).

Son varias las cosas que llaman la atención en estas descripciones. La primera, el detalle con que Bernal describió la apariencia física de ambos personajes, hecho que quizás nos habla de la fuerte impresión que debieron causarle y la manera en que guardó sus imágenes en la memoria. Por otro, es interesante también, que una vez más, el color de la piel haya formado parte central de su recuerdo. Bernal percibió el “matiz” típico de los indios, como un color de piel que, para él, hacía a los indios diferentes de los españoles. Tan es así, que cuando describió a Cuauhtémoc le llamó la atención el tono más claro de su piel, lo cual se vinculó al juicio estético en el que señaló que éste le parecía un hombre más apuesto y más bello que su tío Montezuma. Así, mientras que en su crónica los cuerpos de los españoles eran descritos como robustos, los de los indios, incluso los de ambos emperadores, eran recordados como más bien delgados. En cualquier caso, más allá de estos contrastes y diferencias corporales, parecería que tanto Montezuma como Cuauhtémoc generaron una muy grata impresión corporal entre Bernal y sus compañeros españoles.

En este sentido, sólo hace falta enfatizar en un detalle más: de acuerdo con Bernal, la esposa de Cuauhtémoc, su prima, había sido una india muy hermosa; en su descripción, el soldado no añadió el prejuicioso comentario de “y para ser india”. En aquel caso, Bernal consideró que dicha mujer indígena era hermosa a secas, sin necesidad de poner el parámetro de “lo indio” para describirla de manera positiva.

Ahora bien, en realidad, más allá de este tipo de aclaraciones por parte del soldado español, es interesante observar que, en la mayor parte de los recuerdos de su crónica, prácticamente no hay expresiones de desprecio hacia el cuerpo del otro. Sin embargo, la crueldad con la que ambos bandos trataron los cuerpos de los enemigos en los momentos de confrontación directa puede hablar de la escasa valoración que cada uno de los grupos dio al cuerpo del enemigo. Por otro lado, hay algunos momentos, aquellos en que Bernal recordaba

la gran furia y enojo que había entre los combatientes, en que los españoles sí se refirieron a los indios como “perros” (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 258).

Animalizar el cuerpo del otro es una actitud de desprecio muy frecuente en momentos de enfrentamiento extremo entre dos pueblos enemigos. En este mismo sentido, Bernal recordaba cómo en situaciones de gran tensión, los indios llamaron a los españoles “cuilones”- esto es, maricones, para comunicarles el gran odio que sentían por ellos durante la guerra en la ciudad de Tenochtitlan (DÍAZ DEL CASTILLO, 2015, p. 256). En ambos casos, tanto en el de llamar “perro” o “cuilón” al otro, los calificativos hablan del deseo de descalificar el valor corporal del enemigo.

Ahora bien, es importante recordar que tanto los indios como los españoles que se encontraron en nuestro territorio a partir de 1519 formaban parte de dos civilizaciones absolutamente crueles y guerreras. No es verdad que una haya sido más violenta o más agresiva que la otra. Cortés y sus soldados venían acostumbrados a soportar altos niveles de dolor, procedentes, como eran, de un mundo caballeresco, guerrero, en donde la presencia de cuerpos mutilados, cojos, tuertos, mancos era algo absolutamente común y frecuente²⁰. A decir verdad, cuando uno lee la crónica de Bernal, es difícil imaginar los altos umbrales de dolor físico con que contaban los españoles de Cortés. Las heridas corporales descritas en el relato del soldado son verdaderamente impactantes. Señala Bernal que a veces, después de las batallas, los españoles tomaban unto de los cadáveres de los indios para curarse las heridas²¹. Esta escena revela la existencia de una sensibilidad hacia el cuerpo, hacia el propio y hacia el del otro, completamente acostumbrada a tolerar el dolor.

Por otro lado, los indios no estaban menos familiarizados con el sufrimiento del cuerpo ni a vivir rodeados de cuerpos muy adoloridos. Sólo hay que pensar en las prácticas autosacrificiales diarias, o en la observación cotidiana de sacrificios humanos que entrenaban la sensibilidad indígena para soportar el dolor propio y el del prójimo de manera muy constante.

²⁰ David García Hernán señala cómo el siglo XVI fue un período en el que los españoles vivieron rodeados de una violencia atroz. De acuerdo con García Hernán, la violencia cotidiana nutrió la sensibilidad de la valentía caballeresca (GARCÍA HERNÁN, 2002, p. 112).

²¹ Se sabe que durante los siglos XIV y XVI, el uso de grasa humana para curar heridas se popularizó en la medicina europea. Ver PRIBYL, Rosario. “Evidencias médico antropológicas sobre el origen del pishtaco” en *Revista Médica Exp Salud Pública*, 2010, 27 (1), p. 131 (123-137). Agradezco a Mariana Coria la explicación de que durante el siglo XVI, los médicos europeos utilizaban aceite hirviendo para cauterizar las heridas de guerra.

Así, es evidente que los dos mundos que participaron en estas historias de encuentro fueron crueles, y que ambos se encontraron en esa crueldad y en esa violencia corporal apenas entraron en contacto. En ese sentido, tal como lo narra Bernal, en varios momentos de su crónica, no es difícil imaginar cómo desde un principio, ambos bandos buscaron asustar al otro con amenazas hacia su integridad física. Otras pruebas de ello son por ejemplo, la orden que dio Pedro de Alvarado de cortar las manos de los músicos indígenas hechos cautivos durante la matanza de Cholula. También, en el caso del bando indígena, las constantes advertencias que los indios hacían a los españoles al decirles que apenas los tomaran prisioneros les sacrificarían para abrirles el pecho y sacarles el corazón.

Para concluir

Efectivamente, los primeros contactos entre indios y españoles que se dieron en el territorio mesoamericano a partir del siglo XVI temprano supusieron el choque de dos universos culturales diferentes. Y es que a lo largo de los siglos, los indios y los españoles habían dado a los usos y representaciones del cuerpo, lo mismo que a un sinnúmero de experiencias emocionales que en principio podrían haber parecido similares, significados que en realidad obedecían a interpretaciones y percepciones del mundo muy diferentes.

De esta manera, el contacto entre ambos grupos humanos inauguró la necesidad de inventar nuevos códigos y establecer nuevas formas de comunicación que permitieran el intercambio y la vinculación de unos con otros. Estas nuevas formas de comunicación dieron origen a nuevas jerarquías, nuevas relaciones de poder y nuevas formas de negociación que habrían de ser el pilar del nuevo orden que se configuró a partir de entonces. En realidad, la historia de la conquista no basta para reconstruir la complejidad de dichas manifestaciones y fenómenos. Por ello, parecería importante reparar en la historia del encuentro y del desencuentro corporal y emocional entre ambas civilizaciones para ofrecer otras pistas interesantes que sin duda pueden enriquecer las explicaciones sobre uno de los episodios más relevantes de la historia global del mundo moderno.

La historia que se reconstruyó en este artículo pretendió arrojar pistas e indicios para reconstruir la manera en que indios y españoles habrían tenido que aprender a navegar en nuevos registros emocionales y corporales que a partir de su encuentro, les permitieron

entablar comunicación. Y es que más allá de la historia trágica, convulsa, dolorosa y terrible del sometimiento militar y de la guerra, la historia en que los indios y los españoles entraron en contacto por primera vez también habla de la posibilidad de encontrar sintonía y coincidencias. Porque si bien el terror que sintieron los españoles a ser sacrificados por los indios puede ser equiparable al que experimentaron estos últimos frente a los lebreles españoles, y en ambos casos, lo que hay es una historia de confrontación, violencia y búsqueda de dominio, las risas compartidas por Moctezuma, Bernal, Cortés y los demás soldados que se burlaban de Pedro de Alvarado durante el juego del totoloque hablan de algo más: de la innegable necesidad humana de comunicarse con el otro y por qué no, por momentos, también, de encontrarse y dialogar con él. Experiencias, estas últimas, complejas, ambivalentes y contradictorias, pero que sin duda nos constituyen como seres humanos.

Referências

- AHMED, Sara. **La política cultural de las emociones**, México, UNAM, 2018.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel. Introducción a los gestos afectivos y cortes del Amadís de Gaula en: GONZÁLEZ, Aurelio & GARCÍA ROJAS, Axayácatl Campos (eds.), **Amadís y sus libros: 500 años**. México: El Colegio de México, 2009.
- CALDERÓN, Edith. Universos emocionales y subjetividad en: **Nueva Antropología** 81, jul.-dic. 2014.
- DELGADO, Luisa Elena; FERNÁNDEZ, Pura; LABANYI, Jo. (eds.) **La cultura de las emociones**, Madrid: Cátedra, 2018.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, **Historia verdadera de la conquista de la Nueva España**. México, Porrúa, 2015.
- GARCÍA HERNÁN, David. La cultura de la guerra en la Europa del Renacimiento. Algunas perspectivas de estudio en: **Historia social**, num. 44, 2002.
- LABANYI, Jo. Doing things; emotions, affect and materiality, en: **Journal of Spanish Cultural Studies**, V. 11, 2010, Issue 3-4
- MÁLAGA, Maite & PULIDO, Ana. Días de guerra. Vivir la conquista, en: ESCALANTE, Pablo (ed.), **Historia de la vida privada en México**. México: FCE, 2005.
- MARTÍNEZ SANTIAGO, Gustavo. **La retórica de las emociones en la crónica de la conquista de México, Bernal Díaz del Castillo**. Tesis de licenciatura. México: UNAM, 2011.
- PASTOR, María Alba. En torno a la gama de verdades, falsedades y mentiras, en: **Revista común**, 25 de junio 2020.
- PRIBYL, Rosario. Evidencias médico antropológicas sobre el origen del pishtaco, en: **Revista Médica Exp Salud Pública**, 2010.
- RESTALL, Marshall. **Cuando Moctezuma conoció a Cortés**. Madrid: Taurus, 2019.
- SAHLINS, Marshall. **Islands of History**. Chicago: The Chicago University Press, 2013.
- TODOROV, Tzvetan. **La conquista de América**. México, Siglo XXI, 1983.